

Año XIII: N.º 650

20

céntimos

EL CINE

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Director - propietario: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

25 Septbre. 1924

20

céntimos



EILEEN SEDGWICK, la heroína de las Series UNIVERSAL, que ha confirmado sus éxitos en la película de episodios entrenada recientemente «La época de Daniel Boone», y a la que muy en breve tendremos ocasión de admirar nuevamente en la Serie de palpitante interés «Las bestias del Paraíso»

CONCURSO DE RETRATOS ARTISTICOS LEINAD

¿Quiere usted ser retratado gratuitamente?

EL CINE de acuerdo con el fotógrafo Sr. LEINAD en cuyo estudio establecido en la calle Cortes, número 611 de Barcelona demuestra el dominio técnico y exquisito gusto que posee y que le han permitido elevar la fotografía al mas alto rango artístico, organizan un originalísimo concurso con objeto de que puedan obtener retratos completamente gratuitos quinientos lectores de EL CINE.

Para dar una garantía de seriedad a ese concurso se irán publicando en esta revista, los nombres y domicilios de los concursantes que vayan obteniendo premio y así podrá apreciarse que el número de los favorecidos será el indicado. Además para satisfacción de nuestros lectores los retratos que regala la casa LEINAD en combinación con esta revista serán de igual tamaño y tan artísticos como los modelos expuestos en los escaparates del estudio fotográfico LEINAD calle de Cortes, n.º 611 entre Paseo de Gracia y calle Claris y en los de la Librería Italiana, Rambla de Cataluña, n.º 125.

Para que los concursantes tengan una idea del valor y calidad artística de los retratos que se regalan bastará con decir que el fotógrafo Sr. LEINAD acostumbra a cobrarlos a su distinguida clientela al precio de treinta pesetas la primera prueba que es la que por medio de este concurso pueden obtener los lectores de EL CINE absolutamente gratis.

BASES

En cada número de EL CINE se publicará un cupon con dos letras de las que componen los nombres EL CINE, LEINAD, OBRAS MAESTRAS DEL CINE (El título de este revista, el nombre del fotógrafo y el título de la novela cinematográfica de esta empresa que edita semanalmente).

Los lectores deberán ir recortando los cupones hasta lograr componer las 32 letras de que constan los citados nombres, EL CINE, LEINAD y OBRAS MAESTRAS DEL CINE.

Los concursantes que se encuentren con letras repetidas y les falten otras pueden canjear entre si las letras sobrantes por las letras que no tengan, bien directamente o si lo prefieren para su comodidad por mediación de esta revista.

Las personas que logren reunir estas 32 letras, mediante la presentación de los cupones que las contengan, tendrán derecho a que se les haga un artístico retrato en el estudio fotográfico LEINAD, calle Cortes, n.º 611.

Los lectores de fuera de Barcelona que hallándose en posesión de los tres títulos completos no puedan trasladarse a esta ciudad podrán transferir su derecho a otra persona de su amistad residente en Barcelona.

La combinación de letras está hecha de tal forma que forzosamente habrán de resultar agraciados con premio quinientos lectores.

Este concurso quedará cerrado el día 31 de enero de 1925.

La opción al premio ofrecido por la casa LEINAD caducará a los tres meses de cerrado el concurso.

CONCURSO PERMANENTE DE "EL CINE"

¿Quiere estar suscrito gratis por un año a esta revista?

Publicaremos los chistes y anécdotas que se nos envíen relacionados con el concurso cinematográfico, y cada mes se otorgará un premio, consistente en una suscripción anual a EL CINE al que resulte más ingenioso

—¿Cuál es la artista que todo el mundo tiene derecho a jugar con ella

—Mary Pickford, porque es «la muñeca del mundo».

—¿Cuál es la artista más querida por las muchachas?

—Bebé Daniels, porque es una bebé.

—¿Cuál es la artista que tuvo hijos sin ser madre?

—Leda Gys, porque hizo «Los hijos de nadie».

—¿Cuál es el actor cinematográfico que al llamarle para darle algo siempre se hace rogar?

—Que Thomas Meighan.

Juan Duates (Barcelona)

—¿A qué artista le mandamos que nos empaquete nuestras compras?

—A «¡Lía, Mara!»

—¿Qué artista cambiando las terminaciones de su nombre y apellido la mandamos que vaya?

—Betty Blythe, porque ¡Bette, Blythe!

—¿A qué estrella aunque ella se esconda siempre habrá quien la vea?

—Viola Dana, pues diríamos «Viola, Dana».

—¿Qué actor es el más gastador?

—Charles, porque gasta el «De Roche».

Ana María (Madrid)

—¿Qué artista se parece más a un automóvil?

—Pues Ford Francis.

—¿Cuál es el artista que cuando lo llaman, lo llaman como un asno?

—Pues H-jarry! Carey.

—¿Cuál era el artista que fué rey?

—Pues Wallace Rei-d.

—¿Cuál es el artista que sería muy buen jugador de croquet si jugara?

—Pues Ruck-ford Jack.

—¿Qué artista es el que tiene más armas blancas?

—Pues Joe Ryan (Puñales).

—¿Cuál artista es el que más hace reír?

—Pues ¡Ryan! Joe (Puñales).

—¿Cuál es la artista que es una piedra preciosa?

—Pues Perla Blanca.

—¿Cuál artista es la más buena en montar a caballo?

—Pues Ginette Madäie.

—¿Qué artista es el que se parece más a un ferrocarril?

—Pues Roscoe Arbuckle, porque Fatty.

Nómar Zeñaby (Barcelona)

—Todos sabéis que natalia es el nombre de una flor. Pues ¿quién es la flor del cine?

—Natalia Kowanko.

Francisco Estrada (Granollers)

—¿Qué artista es la menos generosa?

—Viola Dana, porque no Da-na.

—¿A qué artista se la trata como a un vegetal?

—Laura La Planté.

Luis García (Madrid)

GLOSAS A LA ACTUALIDAD

EL CINE Y LA VIDA

LAS influencias del «teatro mudo» en las costumbres actuales, son manifestas. De ayer a hoy, en el interregno máximo de ocho, de diez a lo sumo, los gustos, los gestos, los ademanes, el continente insito y lo que pudiéramos llamar euritmia espiritual de la humanidad, ha sufrido las mismas mutaciones que el cine.

Primero fueron las mansas, las suaves escenas de comedietas sentimentales, inspiradas en la literatura ochentista y endulzadoras de ensueños de muchachitas, educadas en el *Sacre-cœur*, las que imprimieron a la Sociedad vernácula de entonces, su ingenuidad emotiva. Después, y extinguida la truculencia folletinesca del apachismo y de los cine-dramas por series, con luchas aparatosas en casas de misterio y de crimen; extinguidos y agotados, por ilógicos, los novelones policíacos, con asaltos a trenes, escalos, fugas emocionantes a través del aire y trucos a granel, empezaron a privar las creaciones, esencialmente mundanas. Amores entre príncipes de reinos imaginarios y mujeres danunnzianas en suntuosos palacios renacentistas. Damas del gran Mundo que, con un desencanto prematuro de la vida, paseaban sus lujos y su belleza por las playas de moda y los hoteles más elegantes. Aventureros aristocráticos y artistas decadentes, a lo Lorrain, que triunfaban en las altas esferas, gracias a su audacia... Idilios complicados, en donde la pasión alcanzaba un máximo refinamiento y una máxima plasticidad sobre fondos de parques umbrátiles o de ciudades europeas, cuyos nombres, por sí solos, predisponen a la ponderación y al ensueño...

Este conjunto de aspectos, elegancias, complejos mundanismo y nuevos problemas de psicología que tan fastuosamente presentaba el «teatro mudo» en España tuvieron, como no!... fácil acogida entre la juventud de aquel tiempo. El vivero mozo estaba cansado ya de ilógicos prejuicios y prolongadas clausuras, y era, por otra parte... ¡justo es reconocerlo!... una atracción demasiado capítosa la que ejercía la pantalla en el público, para que no contase aquella renovación dilecta de costumbres con el apoyo unánime de numerosos adeptos... ¡La vida!... La vida debía variar y varió en efecto, radicalmente; a pesar de las mil flechas aceradas que dispararon los tartufos contra los primeros entusiastas que intentaron desterrar, por inútiles, los credos intolerantes del siglo XIX. Pero ya los modistos, los joyeros, los perfumistas y en general todos los proveedores de la caprichosidad femenina, habían lanzado a la circulación modelos y creaciones, con que las gráciles siluetas de nuestras amigas o de nuestras novias, consiguieron el doctorado de elegantes.

Y a partir de este momento, la transición fué rapidísima, obra de taumaturgia casi. Las estrellas de cine en las cumbres del éxito llegaron a adquirir, para muchas hijas de familia el valor de diosas. Frente a aquellas visiones alucinantes de la vida fácil, en *cabarets* frecuentados por el gran público al filo de la media noche, en recepciones palatinas en orgías de carnaval o en fincas de recreo, donde el clandestino amor hallaba campo adecuado a sus expansiones, la feminidad harta ya de

prédicas escolásticas y de leer a diario «Corina o los patetismos de Bernardino Saint-Pierre», sintió vivos deseos de transfigurarse y de reconquistar, con fervoroso ahinco, su independencia.

Hasta allí no había llegado el instinto todavía a desarrollarse por sí propio: para pensar lo mismo que para amar, para vestir lo

mismo que para adornarse, para entrar lo mismo que para salir, siempre se hubo de contar antes con la inspiración, gusto o general beneplácito de los miembros ecuanimes de la familia. Por eso ¿qué no vería el eterno femenino en aquella fase evolutiva de la civilización, para no titubear un instante en sumarse a aquel movimiento triunfal que le liberaba del desprecio que, seguramente, las mujeres de otras latitudes sentirían por sus indumentos de confección casera?...

Nadie pudo substraerse a aquel influjo invasor que en rápida derivación venía a cambiar en absoluto el concepto clásico de la coquetería... La silueta femenina se ahiló de repente; perdió con la moda la gracia helénica de las ánforas, mientras las Ceres y las Junos españolas, desesperadas, hubieron de recurrir a medios verdaderamente asombrosos para estilizar sus opulencias.

Luego, y siguiendo también el curso favorable de aquellas renovadoras tendencias de liberalidad, el eviterno y divino verbo necesitó en adelante, para la realización de sus inflexibles devaneos y fugas más o menos droláticas, el concurso del auto propio o del taxis por horas, en lugar de la «caja bamboleana del simón» o de la manuela con llantas de goma,, prestigiada a veces por la majeza típica y jaquetona de dos buenas mozas, con filipinos mantones en un tarde soleada de toros o en una noche cálida de verbena con su correspondiente y clásico aditamento de pitos y matasuegras...

A la sazón, también empezaron los andares lentos, flexuosos e indolentes y las gemas costosas y exóticas, realizadoras de escotes atrevidos. Una lontana y bella pagania advertíase rediviva, en aquella evolución, boga reinante en muchos países latinos y la cual, a pesar de su eficiente riqueza decorativa, fracasaba no pocas veces por su excesiva teatralidad.

Pero al fin, tras aquellos decadentismos quintaesenciados del espíritu, y como un reactivo enérgico a tantos atildamientos y lujosidades estilizadas, advinieron, de un modo profuso, los capítulos de andanzas y concepciones aventureras a través de pompas desoladas y cañones americanos, siendo los héroes de estas jornadas arriesgadísimas, mozállones fornidos y musculosos, de rostros joviales, cuya intrepidez les hacía dueños de esas maravillosas Dianas, de ojos claros, boca luminosa y cabelleras fulvas, alborotadas, que aman el mar, el aire libre, los deportes y tienen un justo y sereno concepto del amor.

Establecido, pues, este tácito paralelismo entre el cine y la vida — paralelismo que, por etapas bien definidas, marca las diferentes fases por la humanidad entera, tanto moral como socialmente, ha ido pasando, antes y después de la gran guerra, hasta llegar a esta equitativa y bien entendida libertad de costumbres que disfrutamos actualmente — se ha de contradecir a muchos dómicos qué, habiendo nacido — según frase feliz del poeta Villaspesa — «con cien años de retraso», se atreven aún a decir que son perniciosos y letales los efectos que causa la «pantalla» en las falanges moceras.

JOSÉ LÓPEZ MORELLÓ

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En su próximo número, correspondiente al día 27 del actual, publicará

EL ESCÁNDALO DEL PUEBLO

según el interesante argumento de la película del mismo título, marca Universal, de la que es intérprete la gentil y popular «estrella» Gladys Walton

EL ESCÁNDALO DEL PUEBLO

es una exquisita comedia dramática, llena de realismo y de emoción, constituyendo uno de los mayores aciertos de la cinematografía.

EL ESCÁNDALO DEL PUEBLO

por su asunto originalísimo y vigoroso es una de las novelas más interesantes de la estupenda colección de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, que cada día tiene más lectores.

Postal de Mary Philbin.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre blanco* (postal de Charles Ray); 9.º *Sin ayuda de nadie* (postal de Betty Compson); 10.º *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11.º *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12.º *El Tesoro de la Carabela* (postal de Edmund Lowe); 13.º *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14.º *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15.º *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16.º *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17.º *El supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18.º *Tenorio por carambola* (postal de Marguerita de la Motte); 19.º *Amor de madre* (extraordinario; postal de Ramon Novarro); 20.º *El padre Juanico* («Mossen Janot»; postal de Alice Terry); 21.º *Por los que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22.º *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean); 23.º *La Indomable* (postal de Norman Kerry); 24.º *Mary Rosa* (postal de Laura La Plante); 25.º *La torre de Nesle* (extraordinario; postal de Lon Chaney).

ELÍAS, EL ENCICLOPÉDICO

EN un café de la pintoresca calle Conde del Asalto, calle de artificio y de aventura, que dispara sobre la noche los rayos rojos, blancos, azules, de sus cien letreros luminosos, encuentro a Federico Elías, el artista enciclopédico.

—Vengo a confesarte—le digo tras un breve saludo, casi fascista.

El se sorprende un poco, a pesar de que me tiene hecha una caricatura genial en la que descubre mi traza de sacerdote joven, más preocupado de las cuestiones paganas que de las prácticas religiosas y más aficionado a componer madrigales, para alabar en ellos a las hermosas, que a redactar sermones empedrados de locuciones latinas, para avivar la fe de las beatas.

Tengo que repetirle:

—¿No me has entendido? Vengo a confesarte.

—¿A este cura?—replica desconcertado aún.

Sonrígo gozando del asombro que le producen mis palabras. No es que Federico Elías sea tardo de comprensión, pues posee, por el contrario, un espíritu comprensivo, agudo; una imaginación febril; un ingenio chispeante. Su extrañeza proviene de causa bien distinta. Elías está habituado a ser confesor, no penitente. Cuando un amigo sufre uno de esos ahogos de origen sentimental que no pueden confiarse a cualquiera porque en vez de conmoverlo le causaría risa, busca a Elías y le confiesa sus culpas. Y Elías no sólo lo absuelve, sino que abandona sus quehaceres y se ofrece a arreglar la cuestión. Si el ahogo del penitente usa faldas, media en tono conciliador. ¡Destruir un hogar por una bagatela!... ¡Interrumpir un idilio por una insignificancia!... Claro, que a veces, a esa bagatela la designa la sociedad con el mote de infidelidad conyugal y esa insignificancia, que trunca el idilio, tiene marcada en el escaparate del joyero un precio superior a los medios económicos del penitente; pero, ¿para qué sirven la elocuencia y la diplomacia, sino para volver lo blanco negro y convencer de que una modesta alianza de oro es más valiosa que una sortija de brillantes auténticos montados en platino? Tampoco es raro que lo que el penitente necesita es un duro y Elías se lo da generosamente, aunque esté huérfano en su bolsillo.

Federico Elías es el único capaz de realizar estos milagros para aquietar la conciencia de los que se confiesan a su amistad y devolverles la paz que necesitan.

Conocido su excelente carácter, no debe extrañar que en esta ocasión tenga que aclararle:

—La confesión que te pido es para publicarla en EL CINE. Espero que no me obligues a hurgar en tu conciencia ar-

tística, dirigiéndote preguntas de doble intención.

—Prometo ser menos complicado que cierto baúl que sirvió en otra época para los trabajos de ilusionismo que hacía con mi hermano Serafín. Aquél tenía doble fondo—contesta sinceramente.

—¿Y ya no lo llevas?

—No. Ahora viajo con un bolso de mano; es más cómodo.

—Pues empieza.



—Soy español, de Tarrasa, como los buenos paños, según unos; de un pueblo de la Rioja, como los buenos chorizos, según otros. Notarás que en esto me parezco a los grandes hombres, entre ellos Colón, que aún no ha podido averiguarse si era español o italiano. Yo opino que lo primero, por estas dos razones: porque siempre lo he visto en el puerto de Barcelona y porque en América, que él descubrió (¡!), nos llaman gallegos a los españoles.

—Eres un erudito.

—Lo sabía... Recuerdo, como si hubiera sido ayer, que nací un lunes abrilero (esto parece de «El relicario», pero no lo es) del año 1891. A los diez de edad, embarcaba para Buenos Aires prometiéndome un viaje de primera, aunque—no me gusta engañar—fué de tercera.

—Y una vez allí...

—Me coloqué en una tienda de géneros de fantasía.

—De fantasía tenía que ser.

—Lo fantástico vino luego, cuando me echaron por haber llenado las paredes de monigotes. Transcurrieron algunos años de los cuales ¡ay!, no puedo dar fe. Mientras, mi hermano Delfín y yo preparamos un número de varietés. Debutamos

y la suerte nos fué propicia. Hemos recorrido casi todo el mundo, hemos ganado muchos billetes y como no padezco la manía del coleccionismo, no he conservado ninguno.

—Habrás tenido muchas aventuras galantes.

—¡Un horror! Pero he sido muy desgraciado en amores. Sin embargo creo que lo más bello y sublime que existe es la mujer.

—En política...

—No tengo ideas políticas. En esto, como en otras cosas, todo me parece compatible, hasta el punto de que a un lado de mi cama he colocado el retrato de Lenin y al otro una imagen del Cristo del Gran Poder de Sevilla. Y cuántas veces he entrado en un espectáculo de etiqueta... ¡yendo de gorra!

—Veo que tienes un concepto muy arbitrario de las cosas de la vida que otros conceptúan muy serias.

—No lo creas. Soy en extremo moralista, tanto, que muchas veces no digo la verdad, por no decirla desnuda.

—¿Cuál sería tu mayor ilusión?

—Ser un gran pintor. Pero no sabe nadie los disgustos que esta afición me ha proporcionado. Pasaba yo una temporada desastrosa, sosteniéndome con café con leche. Figúrate cuál no sería mi alegría, en estas circunstancias, cuando vi entrar a un señor en mi estudio y me dijo que quería encargarme una cena.

—¿Y a eso le llamas desgracia?

—¡Claro! Como que lo me encargó es que pintara la cena de los doce apóstoles.

—En tus correrías por el mundo habrás visto muchas cosas.

—¡Una enormidad! Como que lo que más enseña son los viajes... (La Chelito también enseña lo suyo, no creas.)

—Habla en serio siquiera una vez en tu vida.

—Pues en serio. Me gustan con locura los buenos libros, entre los que prefiero los que tratan de Teosofía, de Espiritismo y de Filosofía. Me entusiasman Sócrates, Zenón, Platón, Epicteto, Kant...

Por lo demás, soy vegetariano. Las carnes me fastidian, el pescado, aunque sea bonito, no me gusta y los callos me molestan atrocemente.

Como Elías vuelve a tomarlo todo a chacota, le advierto que renuncio a seguir confesándolo. El se pone un poco triste y me pregunta, como distraído:

—Oye, las lectoras de EL CINE, ¿son guapas?

—¡Estupendas!—replico.

—Entonces no te olvides de decir que soy soltero... Siempre es un detalle.

MATEO SANTOS

LOS NOVELISTAS Y LA CINEMATOGRAFIA

ALVARO RETANA Y "FLOR DEL ARROYO"

El primer novelista español que apareció a los ojos del mundo como artista cinematográfico, fué Eduardo Zamacois, quien al filmar su célebre novela *El Otro*, no se equivocó presintiendo nuevos horizontes de triunfo, a la ambición de nuestros escritores de talento, un ancho campo para el ejercicio de las facultades inherentes a todo verdadero artista. Un ejemplo de hace algunos años rinde fortuna hoy en uno de nuestros autores más discutidos y celebrados: en Alvaro Retana, a cuyo enciclopédico artista he tenido ocasión de admirar no hace mucho en una nueva y sorprendente mo-



dalidad que dentro de muy pocos meses sorprenderá igualmente al público enamorado de este niño célebre por cuya vida velan las tres Hadas del Dinero, el Amor y la Gloria.

Alvaro Retana, que ha sabido recoger en su literatura en medio de la austeridad general de nuestras letras, la sonrisa del siglo XX, la figura mimada de la celebridad que tan resonantes éxitos ha alcanzado como dibujante de elegancias femeninas, como compositor inspiradísimo y como novelista galante, ha filmado una película titulada *Flor del Arroyo*, cuya exclusiva ha sido ya adquirida por la Casa Rittordi, de Buenos Aires. Alvarito, siempre esclavo de su público, cuando menos lo esperábamos, nos hace este nuevo regalo para el que ha de ser poco todo nuestro agradecimiento. Y lo maravilloso es que en esta película el novelista más guapo del mundo representa un papel en todo reñido con su leyenda fabulosa, decorativa y sensual, cuya invención no debe reprochar a sus enemigos, pues éstos, al pretender arrojar su nombre al fango del escándalo, solo consiguieron elevar su reputación y su figura a una más alta consideración.

Alvaro Retana, que es el símbolo de la Belleza y de la Juventud, de la Frivolidad y del Pecado, el artista excéntrico y original, lleno de encanto perverso, interpreta — no hay para qué decir que magistralmente — el papel de un muchachuelo del arroyo de una desventurada criatura que robada del palacio en que naciera en plena infancia por unos titiriteros llega a la adolescencia convertida en una persona peligrosa. Flor del arroyo, flor del crimen, flor del amor y del olvi-

do, el saltimbanqui, sin sospechar jamás la nobleza de su estirpe, arrastra una existencia nómada y equívoca que disculpa sus delincuencias.

El asunto de la película está urdido tan hábilmente, es de tan fino tejido la trama, hay tal minuciosidad de detalles, que el espectador ha de sentir muchas veces en su carne el calofrío característico de la emoción. Con sabia lentitud, pero con ávida curiosidad por nuestra parte, van sucediéndose las escenas hasta que vemos como el Destino, el gran tramoyista cuyos dedos juegan con nosotros en este gran escenario de *guignol* que es la Tierra, convierte al niño robado en un profesional del crimen y vemos también con pesadumbre que las malas compañías — aquí de la parábola de las manzanas podridas — le obligan a figurar en una terrible banda de asaltadores de hoteles.

Y el momento más sensacional es cuando Alvaro, la flor del arroyo, cuyo tallo creció entre los légamos del vicio, asalta con sus compañeros de latrocinio el hotel en que él naciera, donde viven sus padres y su hermana, que están a punto de ser asesinados por los de la banda, terribles engendros del robo y la muerte.

Mientras unos saquean el hotel — se disponen a acuchillar a sus moradores, *Flor del Arroyo*, por una extraña coincidencia en la que aparece poderosa la voluntad de lo Sobrenatural, penetra en la capilla y como si la santidad del recinto le hiciera comprender la infamia de su vida, siéntese repentinamente deslumbrado ante el altar y las imágenes sagradas y abrazado a un pequeño Niño Jesús arrepíntese noblemente de su vida de horror y suplica al Hijo de María, en un arrobamiento místico, que de tan humano llega a parecer divino, le ayude a salvarse de su abyección y su locura, de cuyo abismo no pueden sacarle sus pobres fuerzas de mortal.

El tierno Luis de León, Teresa de Cepeda, el doctor *Extático* o cualquiera de nuestros grandes místicos del Siglo de Oro, de los que puede decirse que fueron, como el Santo de Asís, «almas ardientes en la caridad», se maravillarían ante esta transición asombrosa en el espíritu de un malhechor. Nosotros, que tan lejos estamos del perfeccionamiento genial de estos seres extraordinarios, sólo tenemos para este cuadro el comentario mudo de nuestra admiración. Más el fervor religioso del gran novelista, bien merece ser cantado en este lugar, pues así, de un sólo golpe, mostramos en toda su esplendente desnudez la sana moral de su vida, su moral íntima, no la de sus libros, y deshacemos el engañoso velo de su fama equívoca y convencional.

Ante todo, caro lectores, sabed que el escritor al que consideráis como fruto del Diablo, carne del Infierno, pecador tenebroso, cree y ama a Dios sobre todas las cosas. Su religiosidad no es la gatzmoñería de las viejas beatas, ni tampoco esta religión del siglo, toda temor, golpes de pecho e hipocresía, sino una cosa más espiritualmente alta, más idealmente precisa. Retana lleva siempre sobre su conciencia la idea de Dios, hace el bien a manos llenas y es caritativo con el mismo Dios. Moralista y cristiano, sin intransigencias estúpidas, ama porque en ello no hay ofensa a Dios y sueña porque el regalo más preciado que nuestro Padre nos hizo, es este de soñar. Toda su obra es, en el fondo un himno exaltado cuya voz principal es la del temor y el amor a Dios... Si sembrando el Bien se cosecha el cariño de dulce Rabi ¿cómo Este no va a hacer que florezcan las rosas de su bendición sobre la vida de Alvaro?

Continuamos presenciando la película y

llegamos a esta escena verdaderamente patética en la que se ven las lágrimas del novelista libertino correr abundantemente por su rostro revelador del más sincero fervor mientras él permanece abrazado a la sagrada imagen cuyo dulce rostro parece animarse con un rayo de vida y sonreír... Difícilmente un actor consumado podría superar el arte delicioso, la recogida emoción con que Alvaro ha sabido filmar este enternecedor momento. La luz velada, la solemnidad del ambiente, la expresión del rostro, transfigurado, como el de un anacoreta presa de un delirio ascético, le convierten en un ver-



dadero santo. El vagabundo inflamado por la Fé divina, tocado en el corazón por un arrepentimiento sincero, transírmase en el acto en una criatura buena, confirmando la frase aquella del poeta, que tiene para los pecadores un valor de convicción mucho más grande que todos los áridos sermones de nuestros *Fray Gerundios* actuales: «para volver al Bien en este mundo, cualquier momento es el supremo instante.»

Y es, después, cuando sus camaradas ebrios, con ese espíritu de la destrucción y el crimen en los ojos, alocados, pretenden asesinar a los dueños del hotel, quien defiende generosamente a los dos ancianos y a la niña, quién, por salvarles, mata a uno de sus compañeros y hace huir a los otros dos. La tragedia no respeta la paz del recinto sagrado y a la misma vista de Dios hace su aparición sangrienta.

Queda Alvaro en la capilla horrorizado de su crimen, el primero que comete, y sin decidirse a huir sólo tiene fuerzas para abrazarse de nuevo a la imagen del Niño Jesús y suplicarle salvación en un ruego estremecido, sin palabras, grandioso.

Pero el ruido de la refriega atrae a una joven bellísima, a su propia hermana, a la que él ha salvado sin saber quien era, que al encontrarse con el trágico cuadro huye despavorida y vuelve con los criados para apresar al asesino, que se entrega insensiblemente, sin temor, con la impasibilidad que da la propia confianza, seguro que aquella muchacha, aquellos viejos en cuyos rostros se ven el furor y el espanto, no han de causarle ningún mal.

FERNANDO HERNÁNDEZ EXPOSITÉ
Madrid, septiembre 1924.

LA MUCHACHA QUE QUISO SER CELEBRE

IV

En el camino de Villanueva de los Monteros, a 24 de junio de 192...

Mi amiga querida: Llevo dos horas de tren. Estoy nerviosa. Te escribo porque no tengo mejor cosa que hacer. Perdóname, pero es así.

¿Crees tú que hay derecho a viajar durante dos horas con «él» sin oír de sus labios la tan esperada declaración? ¿En qué piensa? ¿Es que no le intereso? Si es así ¿por qué me demuestra lo contrario? Bien es verdad que en este mismo departamento vienen mi mamá, Polito Gil y doña Bárbara; pero la primera está sumida en discreta somnolencia, la característica repasa con ahínco su papel de una nueva comedia que esta misma noche estrenamos, y en cuanto a Polito, que además de actor cómico es tramoyista, traspunte, atrecista y un poco imbécil de nacimiento, no hace sino conservar su crédito de gracioso trayendo por sus pelos algún chiste completamente original... de las comedias que representa. ¿Por qué, pues, no aprovecha Roberto estos momentos de viaje—que suelen ser de renovación espiritual para abrirme su corazón y hacerme feliz?...

Casi me voy convenciendo de que no le intereso; pero al mismo tiempo me sorprende el mutismo triste en que se encierra, como si el paisaje hacia donde mira con frecuencia, y que ha poco dejó la monotonía estéril de los llanos por una catata polícroma de árboles, flores y sembrados, fuese moviendo en su alma las aguas quietas de algún recuerdo... ¿En qué pensará?

Hago mal en preocuparme tanto ¿verdad? Me lo van a conocer, porque no le quito ojo. Voy, pues a contarte, como te he prometido, la historia de doña Laura. No es éste el lugar más a propósito para ello, lo sé; pero haré un esfuerzo por vencer el traqueteo del vagón de tercera clase en que viajamos. ¿Te extraña? Pues, sí, hija: un desvencijado coche pintado de amarillo con revoques de mugre milenaria; los compartimientos están divididos por tablas que no llegan al techo. Así puedo ver desde mi asiento a todos los compañeros que, distribuidos en el vagón, dormitan balanceándose a compás después de una noche sin sueño, pasada en el arreglo de equipajes. ¿Será una solemnisma y vulgar modorra lo que tiene Roberto de Arce?... Pero, en fin; no me preocupó más. Va de cuento.

Doña Laura de San Félix, nuestra directora, es un retoño inquieto de cierta familia establecida en la Argentina de mucho tiempo atrás y cuyo jefe fue uno de

aquellos esforzados patriarcas españoles que dejaron el patrio solar por las tierras vírgenes de América para fundar allí colonias agrícolas, pecuarias o mineras, las cuales, andando el tiempo, habían de ser las hoy notables capitales del Nuevo Continente. Así, pues, heredó doña Laura de sus ascendientes el espíritu de aventura, la rancia hidalguía de los españoles colonizadores, que se esforzaban por que a toda costa perdurasen en América las caracte-

pañoles del siglo de oro en los ranchos y estancias alejados de las capitales. Adosaban para ello a la carreta en que viajaban un improvisado escenario de tablas viejas y trapos descoloridos por el sol, y era de admirar la buena voluntad con que los comicastro recitaban, adobados con graciosos americanismos, los versos de Lope de Vega, de Calderón o de Lasso. Doña Laura recuerda con júbilo al primer actor cuando, representando *La vida es sueño*, decía:

Cuentan de un sabio, ¡ché!, que un día tan pobre y mísero estaba ¿no? que solo se alimentaba, de las hierbas que no más cogía... y así sucesivamente.

Pero el auditorio, compuesto de sencillos gauhos y estancieros epicúreos, aplaudía a rabiar, más bien atraído por la novedad del espectáculo que satisfecho por su calidad.

Laurita, como es natural, quedóse encantada con las exquisiteces inauditas de aquellos faranduleros. Y un deseo tenaz comenzó a roer su alma: ¿ser ella también de aquellas señoras que, subidas a las tablas y disfrazadas con trajes vistosos, hablaban a grito pelado y movían mucho los brazos y se desmayaban y eran abrazadas por los señores y... ¡Oh, qué encanto!...

No lo pensó mucho. Cuando, al alborar el día en que marchaban los cómicos, toda la familia de Laurita dormía aún, presentóse la muchacha al director de la compañía y le dijo que se iba con ellos. El actor, al principio, creyó que bromeaba la mocosuela; pero luego, al ver la seriedad con que se expresaba, y los rasgos enérgicos de su belleza incipiente, la cogió como a un fardo, sin hablar palabra, y la colocó en la carreta, continuando él con indiferencia el arreglo de su modesto equipaje. La verdad es que doña Laura no se dio cuenta entonces del acto que acababa de realizar. Pensaba que al poco tiempo de salir podría volver a su estancia para galopar tras las vacas y oír a «la chacha» los maravillosos cuentos que tanto la divertían...

Pero voy a hacer punto final; se acerca una estación del tránsito donde, según dijeron, hemos de tomar un refrigerio quiero de paso echar esta carta. Cuando reanudem el viaje seguiré escribiéndote. Adiós, Margarita.

¡Ah! se me olvidaba decírtelo. parece que «él», viéndome escribir tan abstraída, se ha inquietado un poco. Pero yo no le hago caso ¡qué rabie! — Vicenta de Rosabel.

Por la transcripción JUAN GARCIA PEREZ

MORTIFICACIÓN

A María Teresa de Cavanillas, mi hermana espiritual, que ha acometido la difícil tarea de abrir mis ojos a la razón.

Yo siento en mi alma el masoquismo de los que encuentran el placer sufriendo, y siento como un raro misticismo mi cuerpo corrompido va invadiendo.

Y en las ansias de goce y de tormento busco el placer en el dolor que hiere. Mortifico mi carne, pero siento que el deseo se agita, que no muere.

Y la sangre que brota lentamente cuando rasgan mis carnes los cilicios me llena de placer, y fieramente despiertan en mí ser todos los vicios. ¡Dime, Señor, pues que eres tan clemente si te placen mis vanos sacrificios!

FERNANDO BARANGO-SOLIS

Septiembre, 1924.

rísticas de su raza, y un valor físico extraordinario, producto de las frecuentes luchas de sus mayores con fieras y pieles rojas indómitos.

La propia doña Laura cuenta que viéndola de niña con sus padres en una estancia que éstos poseían cerca de Buenos Aires, jugaba con frecuencia a los indios con otros chiquillos y cabalgaba largas horas en briosos caballos persiguiendo a las vacas gordiflonas que se asustaban de su paso y corrían despavoridas. Su abuelita, denominada familiarmente «la chacha» llenaba la imaginación de la futura actriz con hazañas extraordinarias, mitad levenda, mitad historia, contadas de noche al amor de la lumbre y atribuidas a los antiguos colonizadores españoles. Y tal realidad tomaba estos relatos en el pensamiento de la niña, que al día siguiente salía al campo y se asombraba de no ver indios bravos con plumas polícrimas en la cabeza ni fieras zancudas con larguísimo hocico y grandes alas poderosas. Y así ocurría que en busca de aventuras, cual nuevo don Quijote, montábase en el primer caballo que veía a su paso y atravesaba las charcas a galope tendido, sin parar mientes en los destrozos ni en los sustos que causara. Otras veces era una batalla campal con algunos muchachos de su misma edad lo que entretenía los ocios y fomentaba el ardor bélico de la valiente muchacha. Como en estos combates a pedrada limpia casi nadie quería hacer el indio, la batalla se convertía en real y verdadera, no siendo pocas las veces que nuestra heroína volvía a su casa llena de sangre la cara y llorando de pena por no haber causado a sus enemigos todo el daño que quisiera; y cuenta que siempre se llevaron éstos buena ración de arañazos y mordiscos.

Así andaban las cosas cuando la joven Laurita, cumplidos los doce años, conoció en su propia estancia un espectáculo nuevo y alucinador: el teatro. Era una compañía de cómicos de la legua que se ganaba la vida representando dramas es-



Vd. Señora
comprará bien de
precio y calidad las
novedades de la
estación en

**La
Torre
Eiffel**

Carmen, 42 y Doctor Dou, 1

Genial interpretación en los vestidos
a medida

Sugestivos regalos a los compradores

DEPILATORIO BORRELL



*Sin
molestia, quita
el pelo o vello y
mata la raíz sin
irritar el cutis*

A. BORRELL
Ato 52 - Barcelona
y en todos los perfumerios

*Se remite discretamente por correo
certificado, anticipando 4'50 Ptas
en sellos etc*

Premiado con Gran Cruz y Medallas
de Oro en Amberes y Roma 1923

RAZON 5.^a

TANGO

Letra de Cabo Cuarto

Música de Cecilia Puyssac

LARGO

f Voy can-tando Ra-zón quin - ta! *p* Ya si ven-do "La Ra zón" Yo le can - to a la per -

- can - ta Que me com - pra "La Ra zón" *p* Le o - frez - co mi vi - da ran - ta Y le doy mi co -

ra - zón. Yo - bien se que "Flor de fan - go" Es hi - ja de pre - si - dia - rios Y por e - so bai - lo el

tan - go Y vi - vo ven - dien - do dia - rios. *p* **MILONGA.** Yo no le te - mo a la "ca - na" Que

vigi - la el con - ven - ti - llo Por que si el "bo - tón" es "ra - na" Yo tam - bién soy al - go pi - llo.

Sí al - gu - nos "me la dan chan - ta" No se - rán los mas "o - ta - rios" En es - ta vi - da ran - ta Lo mejor

es ven - der dia - rios... *f* Voy can - tando Ra - zón quin - ta! *p* Ya si ven - do "La Ra - zón".

Mercería,
Labores y
Novedades

La Orquidea

ESTA CASA recibe continua-
mente del extranjero las últi-
mas novedades en adornos, la-
bores, lanas, sedas y artículos de
fantasía : : : Especialidad en
CINTAS : LANAS y
SEDAS para JERSEYS
Puerta del Angel, 15 y 17
Teléfono 4035 A

ACOTACIONES

¿Corto o largo?

A pesar de los múltiples y trascendentales asuntos que, en la actualidad, agobian a la Humanidad, los jóvenes—y los no jóvenes—dando pruebas de irreflexión, se preocupan en solucionar frívolos problemas.

Al ¿cómo debe llevarse la falda? ¿corta o larga?, ha sustituido el ¿cómo prefieres el pelo? ¿corto o largo?

Dijérase que las adorables mujercitas de ahora se han propuesto agotar nuestra sabiduría. Ayer, la cuestión de la falda—total, nada: tela más o menos—nos exprimía poco a poco el jugo de nuestros conocimientos. Hoy, la dichosa cuestión del pelo, peliaguda cuestión, en verdad, amenaza volvernos locos. Mañana, ¡Dios sabe lo que inventarán las Evas modernas para no dejarnos tranquilos! A este paso no sería extraño que el estudio de tan intrincados problemas vaciase nuestros cerebros.

También a las «estrellas» del cine les ha dado por cortarse el pelo y afeitarse el cogote. Algunos pelculistas encontraron bien la ocurrencia. Otros, en cambio, tomaron el acuerdo de prohibir la entrada en sus «estudios» a toda mujer de «recortada melena».

Samuel Goldwyn, cabecilla de los pelculistas enemigos del pelo corto, apoya su conducta en nueve razones:

Primera. Los cabellos cortos privan a la mujer de su encantadora feminidad.

Segunda. Los cabellos largos han sido considerados en todos tiempos como la corona gloriosa de la mujer.

Tercera. Los cabellos cortos no son más que la consecuencia de una moda que será pasajera, como todas las modas.

Cuarta. Los hombres no pueden amar a las mujeres que no conservan todo el aspecto de mujeres.

Quinta. Los cabellos cortos acaban con la galantería, puesto que hacen que la mujer parezca un muchacho.

Sexta. Cuando toma un aspecto varonil, la mujer no tiene ya la misma sensibilidad de antes.

Séptima. Jamás un poeta o un novelista serio ha cantado a una mujer de cabellos cortos.

Octava. Esa nueva moda no embellece a ninguna mujer; y a la mayor parte de las que la adoptan, las afea.

Y novena. En fin, contra lo que a primera vista parece, los cabellos cortos obligan a las mujeres a perder un tiempo precioso en su tocado.

Y a esa larga y lógica argumentación, Mae Murray, «estrella» que lanzó Mr. Goldwyn, ha contestado rapándose la cabeza al cero.

Según cuentan, Mae Murray se puso una hermosa peluca a fin de que no le impidiesen visitar a Goldwyn y que una vez delante del famoso cinematografista estadounidense, arrancóse la postiza cabellera, enseñando a Goldwyn su monda cabeza al par que le decía: Amigo mío, ya solucioné el problema del pelo: ni corto ni largo, a fuera con él. Goldwyn tuvo que ser asistido urgentemente por un médico: ¡tanto le impresionó ver la calva cabeza de la Murray!

Días después, cinco mil admiradoras de Mae Murray se afeitaban cabeza y cogote. Pero ésta que se había enterado que las mujeres Masai y otras distinguidas salvajes llevan la cabeza rapada y no queriendo parecerse a ellas, en la imposibilidad de que le creciese el pelo con la rapidez que deseaba y siempre original, se pintó en su reluciente y pelado cráneo un pelo rubio lindísimo tan corto que ni siquiera sobresale de la cabeza. Y naturalmente, las cinco mil imitadoras de la Murray siguieron su ejemplo.

La pintoresca idea de Mae Murray y sus consecuencias, aprovecharon Goldwyn y Compañía (Sociedad en comandita contra el pelo corto), para echarse sobre sus enemigos y atraerse más partidarios de la no admisión en los «estudios» cinegráficos de las mujeres con melena.

Constance Talmadge, del partido contrario a Goldwyn, traslada al cine la chispeante comedia de Salisbury Field, titulada «La señorita del pelo corto», que plantea el problema, ¿qué prefieres? ¿el pelo corto o largo?, triunfando, claro es, el pelo corto.

La lucha entablada entre los partidarios del pelo corto y del pelo largo, parece inclinarse a favor de los últimos. Alegrémonos de ello, entusiastas de la belleza femenina. Porque, lectores, ¿no es cierto que el pelo largo es uno de los mayores atractivos, de los muchos que poseen las mujeres? — GUMUCIO.



«En un Studio cinematográfico.— La hora del trabajo.»

(Por A. Ristori de la Cuadra)

Ecos diversos

EN EL EXTRANJERO

La «estrella», el boxeador y la nariz del boxeador

Jack Dempsey, que tantas veces vió las estrellas en su brillante carrera pugilística, ha caído cual inocente pececillo en las redes que le tendió una «estrella» del cine. Estelle Taylor, la «estrella» en cuestión, y Jack Dempsey, que se casaron de mentirijillas en varias películas Universal, acaban de casarse de verdad.

Disgustado Dempsey por las palabras de su esposa, que continuamente le reprochaba la deformidad de su nariz, decidió someterse a una operación quirúrgica, y sacrificando su oreja izquierda, a la que arrancó un pedazo, que se puso en la nariz—de vivir Cyrano de Bergerac con gusto hubiera dado el trozo de nariz que faltaba a Dempsey—, quedó más guapo que Ben Turpin y que Bergamín.

¡Oh, infeliz Dempsey, cómo ibas a suponer que por una «estrella» te arrancarías un pedazo de oreja para arreglarte la nariz, blanco de todas las iras y de todos los puños de tus contrarios!

El cine, arma política

Un colaborador del diario neoyorquino *Germania*, ha impresionado una película que titula «Film Dawes», en la que se demuestra de manera elocuente (?) lo irrealizable que es el plan pacifista del famoso general yanqui.

Ignórase la opinión de Dawes sobre esa película, pero de fijo que no será halagüeña.

Justa venganza al orgulloso Dawes, que en cierta ocasión despreció el invento de Lumière.

Jackie Coogan en Londres

El grande pequeño Jackie Coogan (Chiquilín), llegó días atrás a la capital de Inglaterra.

En la estación de Waterloo le recibió un gentío inmenso, costando enorme trabajo a la policía restablecer el tránsito, que estuvo interrumpido por más de una hora a causa de la aglomeración de público que aplaudía a Coogan. Los muchos admiradores del pequeño Coogan, no contentos con ovacionarle a su llegada le acompañaron hasta el hotel donde se hospedaba. Ni más ni menos como en España cuando la llegada de Mary Pickford y Douglas Fairbanks.

Los periodistas asediaron al «chico» excompañero de Charlot. Chiquilín hizo declaraciones propias de su edad—siete años. Manifestó que su mayor deseo es ver las formaciones de los soldados escoceses con su pintoresco traje con faldilla, y que se propone jugar partidas de «golf» con Mac Donald y con el Príncipe de Gales. Al preguntarle si piensa gastar mucho dinero durante su estancia en Londres, contestó que en todo caso en golosinas, aunque no le queda para el viaje más que 156 dólares.

«El Vivillo» en película

El célebre bandido español «el Vivillo», honra y prez de sus compañeros de profesión, es el protagonista de la última película impresionada por la Paramount.

Temblemos. Una nueva película de costumbres españolas. Una «spagnolade» más, pero sin toreros. Para nuestra basta un botón. De esa aventura deduciréis la clase de película que es esa nueva producción de la Paramount.

El foragido rapta a la esposa de uno de los jueces que le condenaron a muerte y en contra de lo que se puede esperar de un hombre que vive fuera de la ley y en lucha con la sociedad, «el Vivillo» encarnación del romántico bandido español, una vez que logró burlarse del juez, le devuelve la esposa sapta, la que se asegura que anteriormente había sido prometida de «el Vivillo». Con este rasgo se capta las simpatías del pueblo y aumenta su prestigio de bandido bueno y generoso.

Suicidio de Eva May

En los corrillos cinematográficos de Alemania no se habla más que del suicidio de Eva May.

Acababa de llegar Eva a un hotel de Baden, acompañada de su novio, un rico industrial, cuando inesperadamente sacó una pistola y antes que pudieran impedirlo, se pegó dos tiros que la mataron casi instantáneamente. Avizada con urgencia su madre, la famosa actriz Mia May, sólo llegó a tiempo de presenciar el sepelio de su infortunada hija. El suicidio de Eva tiene consternados a sus parientes y amigos, pues nada hacía pensar en tan fatal resolución ni se han podido dar con las causas del suicidio. Un nuevo misterio y una nueva tragedia que como el suicidio de Olive Thomas y el asesinato de Virginia Rappe y Mr. Taylor enriquece los gloriosos anales de la cinematografía mundial.

Con la muerte de Eva May pierde la cinematografía alemana una de sus actrices más eminentes. Muy joven—iba a cumplir veinticuatro años—era considerada como la «estrella» de más brillante porvenir. Gracias a la influencia de su madre llevaba Eva una gran carrera. Pero lo que verdaderamente contribuyó a su rápido triunfo fué su belleza—rubia de rostro, de líneas perfectas y de armónico cuerpo, llamaba la atención su presencia—tanto es así, que ganó varios concursos de belleza en su patria y fuera de ella. Eva, que se sabía bonita, era orgullosa y de un carácter insufrible, lo que motivó su divorcio por tres veces consecutivas. Aparte este defecto, incompatible con la vida conyugal, tenía Eva un corazón llamante de generosidades que le granjeó mil-



Lila Lee, la gran actriz de la Paramount

tiples simpatías. Sus mejores películas son: «El Conde de Essex», drama histórico, y «El murciélago», según la popular opereta de Strauss de este nombre.

¡Descanse en paz la malograda actriz, que con su juventud y su belleza nos proporcionó muy buenos ratos!

EN BARCELONA

Lo que se ve en las pantallas

Coliseum.—Se han estrenado con un gran éxito «Venganza de un padre», creación de William S. Hart, y «A prueba de bombas», una divertida comedia con Bryant Washburn en el rol de protagonista. Se anuncia, para muy pronto, «Fruta prohibida», del Programa Ajuria especial.

Kursaal y Cataluña.—Se ha inaugurado en estos elegantes salones la temporada de invierno, proyectándose la hermosa película «En el palacio del Rey», creación de Blanche Swet y Edmond Lowe, que gustó extraordinariamente. También fué acogida con entusiasmo «Las culpas de los hombres», creación de May Mc. Avoy. Se anuncia «Oropel», magnífico asunto interpretado por seis estrellas de la pantalla, entre las que destacan Marie Prevost y Montagu Love.

Pathé Cinema y Pathé Palace.—Se están realizando algunas mejoras en estos magníficos salones. Por este motivo el segundo de dichos cines tardará algunos días en abrir de nuevo las puertas al público.

Salón Reina Victoria.—Con un programa de películas muy interesante, en el que destaca «Chiquilín no se enmienda», creación de Jackie Coogan, se ha celebrado la reapertura de este salón.

EN MADRID

De jueves a jueves

Menudo chasco nos hemos llevado: creíamos que este jueves registraríamos grandes acontecimientos cinescos y la realidad echó por los suelos nuestros sueños. Si escasa fué en novedades la semana pasada, no le va en zaga ésta. Nada digno de anotarse, nada merecedor al aplauso: estrenos de películas vulgares, no todas del agrado del público, y nada más. Sin embargo, para dar al lector la sensación de que el cine en la villa y corte tiene importancia sitemos algunas películas recientemente proyectadas.

En el Real Cinema y Príncipe Alfonso, vimos: «La fuga de la novia» y «Un frac para dos», graciosas comedias; en Royalty: «El apache», «A mal pagador buen cobrador», «Al fin solos!», «Un novio a crédito» y «Casi una desposada»; y en el Ideal, Argüelles, Cinema X y Monumental Cinema: «Un testamento curioso», «Pedrucho», «Valor a toda prueba», «El hijo de Tarzán», «La casa en la selva», «La ley del mar», «Sed de gloria y de amor», «La casa de los sustos», «Annie la elegante», «Los

emigrados», «El alegre lord Enex», «Fuera del coro», «El lampista», «Tomasín, portero y patriota» y «Viaje al Polo».

Lo que pueden los puños

Estamos tan norteamericanizados—empleamos esta palabra adelantándonos a Maura, Cotarelo, Casares y demás sabihondos filólogos que ocupan por derecho más o menos propio una poltrona académica, pues piensan incluir la en el nuevo diccionario de la lengua española—, estamos tan norteamericanizados, ¡e-petimos, que hasta nuestros pelculistas quieren emular a sus camaradas de Hollywood.

Como ustedes sabrán seguramente, tenemos ya un boxeador—no nos atrevemos a decir más bruto—capaz de vencer a los más grades pugilistas. Ese feliz mortal que logró abrirse camino en el mundo con sus puños, se llama Paulino Uzcudum. Pues bien, entusiasmado u popular cinematografista madrileño por su último y fenomenal triunfo sobre el campeón de Inglaterra, Goddard, a quien venció nada menos que por K. O., le ha propuesto que se dedique al cine. Paulino, que aunque en el «ring» rompe cejas, narices y labios con una velocidad y habilidad que pasma a los espectadores y que duele a sus adversarios, en el fondo es una persona excelente y muy sensata.



Una escena interesante, de «La Torre de Nesle» magnífica película publicada en novela por «Obras Maestras del Cine»

Se ha mirado en un espejo y se ha visto su estropeado físico; se ha estudiado mentalmente y se ha visto torpe; por lo que decidió no dedicarse al cine. Pero tanto insistió el cinematografista de marras que casi arrancó a la fuerza a Uzcudum una comprometedorá firmita, que obliga a Paulino a interpretar películas al estilo de las de Maciste, Polo y restantes «ases» del mamporro. Dícese que lo que convenció a Paulino, fué el ejemplo de Carpentier y Dempsey que no titubearon ni un instante en «posar» ante el objetivo cinegráfico. Nos tememos que Paulino, tomando demasiado en serio su papel arree de firme; y entonces va a ser difícil encontrar comparsas que se dejen aporrear por las duras manos de Uzcudum y por unos cochinos duros.

Se habla también de que el ocurrente y norteamericanizado cinematografista madrileño impresionará varias películas a base de Ochoa, «el león navarro».

Ya no son los toreros los predilectos de nuestros pelculistas, sino los luchadores, los que convierten sus músculos y sus puños en productivo medio de vivir. Los tiempos cambian. ¡Quién lo iba a decir! Nosotros norteamericanizados. A ver que desnorteamericanizador nos desnorteamericaniza, que a fe que será un excelente desnorteamericanizador.

La Mary Pickford española

¡Hurra! Ya tiene la cinematografía española su Mary Pickford. Es la señorita María Cuevas, intérprete principal de una película desarrollada en tierras de Segovia. ¡Hurra! otra vez. Ya reciben nuestras «es-

trellas» sueldos fabulosos por su labor: la mentada señorita Cuevas cobró por su trabajo la friolera de siete mil pesetas; ¡¡ siete mil pesetas!! cantidad en verdad fantástica para un pelculero español; mas ¿qué respondería Charlot si le ofreciesen esa cantidad? Mandaría al cuerno al osado; ¡ siete mil pesetas! ¡Bah, qué porquería! ¡A él, que cobra un millón de dólares por interpretar coho películas! Y quien dice Charlot, dice Mary Pickford, Gloria Swanson, Harold Lloyd u otra cualquiera celebradísima pantallesca.

Se conoce que las «estrellas» son frutos que se dan en todas las latitudes, especialmente Mary Pickford y Douglas Fairbanks, pues Betty Balfour es «la Mary Pickford inglesa», Sandia Milowanoff, «la Mary Pickford rusa», Susana Bianchetti, «la Mary Pickford francesa», y María Cuevas «la Mary Pickford española»; y Luciano Albertini «el Douglas Fairbanks europeo». Pero, ¡a qué extrañarse!, si en el campo de las letras sucede lo propio: cuando un dramaturgo triunfa, ya es el Shakespear de su país.

EN PROVINCIAS

Villanueva y Geltrú

Teatro Bosque.—Con un éxito extraordinario ha tenido lugar en este teatro una velada en homenaje a Guimerá. Por valiosos elementos de esta villa se puso en escena la inmortal obra *Terra baixa*, cuya representación resultó excelente; también se recitaron poesías a cargo de los señores Figueras, Maten, Ventosa y Cumellas, las cuales el público premió con aplausos, y por último la orquesta que dirige el maestro Francisco Montserrat, obsequió a la concurrencia con bonitas composiciones musicales. Pueden estar satisfechos los organizadores de esta velada, pues el éxito de la misma coronó sus esfuerzos. — EL GRUPO DE VILLANUEVA.

Mataró

Clavé Palace.—Sin funcionar. *Monumental Bosque*.—Actúa con gran éxito la compañía Nicolau-Giménez, habiendo representado con general aplauso del numeroso público que asistió a dicho salón, las celebradas obras *Maria Rosa*, del malogrado poeta Angel Guimerá, *L'endemà de bodes*, de J. Pous y Pagès, *Fin de fiesta* y *Raigs Y*.

Cine Moderno.—Se proyectan películas tan espléndidas como «Los piratas aéreos», «El buque fantasma» y «Cazados en la trampa». Las películas cómicas han sido del agrado del público.

Cine Gaiarre.—Han gustado en gran manera la película «Justicia de Alá», y la deliciosa cinta «Los tiempos cambian». Las cómicas han sido aplaudidas. — V. BORRÁS B.




Una de las artistas de cine de gesto más expresivo, es Jean Paige, la gran actriz




BELLEZA
Masaje facial. — Depilación eléctrica. — Corrección de la nariz. — Obesidades — Ondulación. — Postizos. — Tinturas. — Manicura. — Baños de luz.
INSTITUTO DE MASAJE
Rambla del Centro, 7 pral. (fr. al Liceo)

CUPON
correspondiente al número 649 de EL CINE
válido por un voto para el Concurso
¿Tiene usted el rostro fotogénico?
D.
vota por la concursante o el concursante



CINEMATOGRAFIA
Verdaderos aficionados se desan, filmarán pronto.
Lecciones de sueca boxe y esgrima.
Deseamos dos señoritas de 18 a 20 años, para interpretar importantes papeles en la próxima película.
Presentarse martes, jueves, sábados y domingos, de 7 a 9. - **Gomis, 84, Torre.**

ALMACENES
"EXPRES-MODA"
NOVEDADES PARA SEÑORA

BONDA SAN ANTONIO 61

Interesantísimo
ver escaparates
—
Smirna ricos gustos, corte vestido
3'75 ptas.
—
Seda lavable cien colores
a 6 ptas. m.



Convalecientes de la gripe, tifoideas, pulmonías, neurasténicos, debilitados, anémicos, tomad el
TÓNICO MANDRI
lo pueden tomar los delicados del estómago. Elaborados por **FRANCISCO MANDRI**, Médico y Quím.º-Farmacéutico
DEPILATORIO JOVINCELA
EXTIRPA EL VELLO DE RAIZ
ESPECIAL PARA CUTIS DELICADOS Y AJADOS POR EL USO DE OTROS DEPILATORIOS
De venta en todas partes
Al por mayor, Vicente Ferrer y C.ª **BARCELONA**



Cerebrino MANDRI
CURA LOS
DOLORES NERVIOSOS y REUMÁTICOS
(de cabeza, neuralgias faciales, intercostales, de riñones, ciáticas, etc.) y las molestias periódicas propias de la mujer. **NUNCA PERJUDICA**

LA MEJOR LÁMPARA IRROMPIBLE
RAY MONTADA CON
ALAMBRE CONTINUO
Rambla de las Flores, 16 — Barcelona

¡MADRES!
No dejéis que sufran vuestros niños durante el periodo de la dentición, el verano es la peor época, tomando la denticina
"BROWER"
evitareis todos los peligros y
trastornos

MESALINA

la grandiosa escenificación de E. GUAZONI que refleja maravillosamente la vida de la famosa Emperatriz, alcanzará uno de los mayores triunfos de la temporada. Interpretación genial de la **Condesa Rina de Ligouro**



Pertenece al

PROGRAMA VERDAGUER

ALGUNAS DE LAS GRANDES PRODUCCIONES
DEL

PROGRAMA VILASECA Y LEDESMA, S. A.

TEMPORADA 1924-25

SCARAMOUCHE

Marca: **LOEW-METRO** * Dirección: **REX-INGRAM**

Protagonistas:

ALICE TERRY

y

RAMON NAVARRO

KOENISMARCK

Según la famosa novela de **Pierre Benoit**

La producción francesa más grande que se ha editado

* EL ÁRABE *

Marca: **LOEW-METRO** * Dirección: **REX-INGRAM**

Pronagonistas:

ALICE TERRY

y

RAMÓN NAVARRO

LA DANZARINA DEL NILO

Presentación insuperable: Protagonista, la bellísima **CARMEL MIERS**

CIRANO DE BERGERAC

Grandioso film en colores

3	grandes films de	JACKIE COOGAN
3	» » »	MAE MURRAY
3	» » »	BUSTER KEATON
5	» » »	VIOLA DANA

PAGINA FEMENINA

[FLORES DE PAPEL]

Al inaugurar esta nueva sección que EL CINE dedica a sus bellas lectoras, me complace saludarlas efusivamente.

Entiendo será de vuestro agrado que la integren especialmente asuntos que puedan seros prácticos u os sirvan de agradable pasatiempo, y todo aquello que se relacione con la moda.

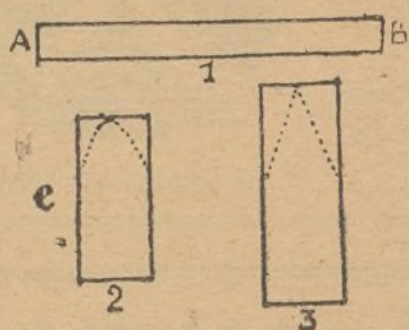
Admito, y agradeceré, colaboraciones que enmarquen en la índole de esta sección.

Tendré también sumo gusto en contestar cuantas consultas y preguntas se me dirijan, cuyas respuestas irán al fin de estas páginas.

Me complacerá en extremo si puedo en algo seros útil.

M. N.

Son de muy buen efecto las flores artificiales en el adorno de las mesas, y ele-



mentos que puedan entrar al idear caprichosas pantallas para las lámparas.

Vamos a empezar aprendiendo como se hacen las rosas y solo necesitamos al efecto un poco de papel de color y un alambre.

Tómese una tira de papel crepé o rizado, de color amarillo, blanco o rojo. La tira ha de tener 75 centímetros de largo por 7 de ancho. Se pliega por la mitad como de A a B en el grabado número 1, luego vuelve a plegarse de igual modo por el mismo lado y después en tres dobleces iguales y otras dos también iguales finalmente. Contándolos, veremos que el papel tiene ahora 24 pliegues. Con el lápiz marcamos la línea de puntos del grabado 2, cuidando de que los lomos de los pliegues estén en C. Se recorta después con las tijeras lo que señale dicha línea de puntos, y desdoblándolo ahora el papel tendremos doce pétalos. Con las mismas tijeras curvaremos los bordes de cada pétalo, de modo que adquieran la apariencia de pétalos naturales. Para ello, tomaremos el papel con la mano izquierda, teniendo las tijeras entre los dedos pulgar e índice de la derecha. Se pasa una hoja de las tijeras suavemente por debajo del pétalo, rizando primeramente el lado derecho y después el izquierdo, pero siempre en la misma dirección. Luego se recogen bien los primeros cuatro pétalos y alrededor de éstos todos los demás.

Hemos de hacer ahora el cáliz de la rosa, es decir, la base de la flor, que tiene la forma de una pequeña copa, constituida por un vestidillo de hojitas verdes. Tómese un pedazo de papel crepé verde de 7 y medio por 5 centímetros; pliéguese por la mitad, y luego, en la misma dirección en tres partes iguales. Se recorta según la línea de puntos marcada en el grabado 3. Tendremos así seis puntas, pero dejaremos una, pues solo necesitamos cinco. Se fija el cáliz debajo de la rosa con alambre; y ya solo nos queda por hacer el tallo. Para ello nos serviremos de una tira de papel crepé de 20 por 1 y medio centímetros, y un trozo de alambre de 11 centímetros de largo. El alambre se recubre con el papel, enrollando éste al sesgo. En uno de los extremos del tallo se fija la flor; y el otro extremo se deja un poco doblado, quedando así la rosa terminada.

Si deseamos confeccionar un crisante-

LA MODA EN PARÍS



CONSORTIUM DE PRESSE PARIS

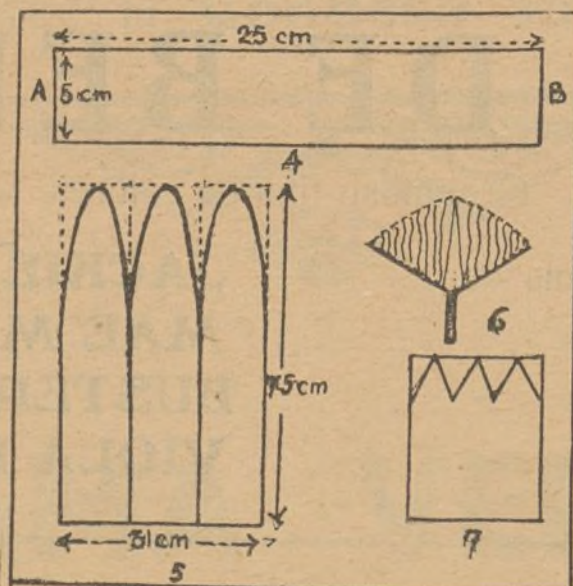
Vestido de crepón blanco plisé, sobre una falda baja de crepón negro.

mo, necesitaremos un pedazo de papel de seda amarillo, de 90 por 12 centímetros. Se dobla, obteniendo así una tira doble de cerca de 1 metro de largo y 6 centímetros de ancho. Después con las tijeras se le hacen cortes de cosa de 1 centímetro de profundidad, empezando por el lado del doblez.

A continuación tomaremos el papel con la mano izquierda, y con la derecha se coge un extremo de la tira para enrollarlo como arriba se ha explicado.

El tallo se prepara como el de la rosa, y se le sujeta bien a la base de la flor.

Si lo que queremos hacer son margaritas amarillas, ya el trabajo no es tan fácil, pero con paciencia no tardaremos en saberlo hacer con presteza. Se toma una tira de papel de seda amarillo de 25 por 5 centímetros, que se pliega por en medio de A a B, como puede verse en el gra-

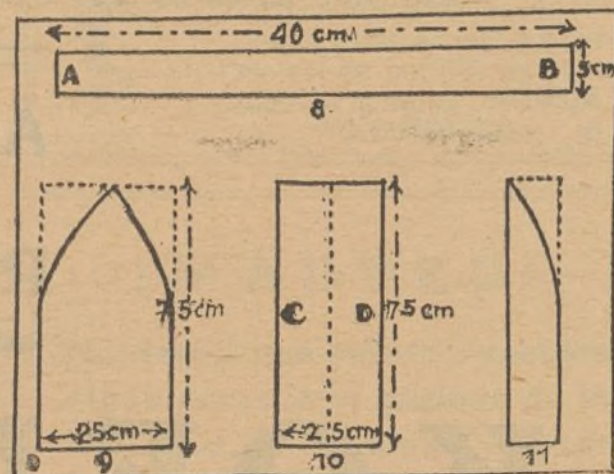


Manera de plegarlo para hacer la margarita

bado número 4. Luego se hacen otras dos dobleces, obteniéndose ocho pliegos, con el lápiz se marcan los pétalos como en el grabado 5, y se recortan con las tijeras. Abriendo el papel, veremos que hay 42 pétalos.

Hemos de hacer ahora el centro o botón de la margarita, necesitando por ello un poco de lana amarilla, algo más oscura que el papel. Unos tres metros de hilo de lana bastarán. Se hace un botón como un ovillo, arrollando el hilo de lana a tres dedos de la mano izquierda y sujetando las vueltas a un trozo de alambre dejando un pequeño remate, como se muestra en el grabado 6.

Tomaremos después un pedacito de papel verde de 7'5 por 2'5 centímetros, para hacer el cáliz de la flor, el papel se pliega en dos dobleces y luego en otros dos,



Forma en que ha de plegarse para hacer un narciso

y se cortan tres picos, como en el grabado 7.

Ahora se reúnen los pétalos alrededor del botón un ovillito de lana; debajo y alrededor se pone el cáliz, bien sujeto al contorno del alambre que ha de servir de tallo. No se olvide que éste debe ir revestido de papel crepé verde, como se ha explicado en la rosa. Arrégense bien los pétalos con los dedos, y la margarita estará terminada.

Vamos a hacer ahora un narciso doble. Se corta una tira de papel de seda amarillo de 40 por 5 centímetros, plegándolo después en dos dobleces, como de A a B en el grabado número 8; otra vez se le pliega en tres dobleces más, con lo cual obtendremos 16 pliegues. Con el lápiz se marca el pétalo según se ve en el grabado 9. Se recorta, se abre después el papel y se curvan los pétalos como los de la rosa.

Después se toma una tira de papel amarillo más suave, de 15 por 6 y 1/4 centímetros, y se pliega en ocho pliegues, es decir, en tres dobleces. Se marcan y recortan los pliegues como en el grabado 9. Se reúnen los cuatro primeros pétalos de la tira de 40 centímetros, y alrededor se van juntando los demás. Luego se coloca la otra tira de papel más suave alrededor también, y todo junto se ata a un extremo del tallo, revestido con papel verde. ¿Habréis observado alguna vez que, junto a la flor del narciso, hay siempre una hojita oscura que parece seca? Esta hojita hay que hacerla igualmente, y nos serviremos de un trocito de papel de seda oscuro, de 2 y 1/2 por 7 y 1/2 centímetros. Se dobla, de C a D, según el grabado 10, y se corta tal como está marcado en el grabado 11. Se despliega la hoja y se sujeta el tallo con un poco de alambre, forrado de papel verde.

Lo que nos falta ahora son algunas hojas verdes que añadir a la flor. Se hacen fácilmente de un pedazo de papel crepé verde de 17 y 1/2 por 2 y 1/2 centímetros, plegando y cortando, como lo hicimos con la hoja del grabado 11.

Si se han seguido estas instrucciones con atención e inteligencia, no habrá dificultad en obtener las flores que se desee.

MARIPOSA

CON su habitual lentitud caminaba el sol hacia su ocaso tiñendo de rojo y oro las aligeras nubes que, un airecillo fresco y regalado empujaba contra los altos picachos de la vecina sierra de Espadán.

Sentada junto a la puerta de la alquería, bajo el emparrado porche, contemplaba Elvira, con éxtasis ensoñador, la plácida calma de aquel magnífico atardecer, y de vez en cuando, un profundo suspiro agitaba su pecho.

¡Qué melancólicos pensamientos engendraban tales suspiros! Qué ansias secretas torturaban su espíritu. Qué ignotos anhelos agradaban sus ojos, que, con persistencia enigmática, fijaban sus miradas en la lejana línea del horizonte, cual si pretendieran ver, agoreros, lo más allá existente!

¡Ah! pobre Elvira, pobre muñeca de ensueño, con alma de mariposa. Nació para volar, para cruzar el mundo entre perfumes y ráfagas de luz, y cruel el destino la condenaba a vivir, esclava de su suerte, en aquel rincón ignorado de la huerta valenciana, en aquel poético y delicioso verjél que a orillas del Palancia se extiende, y en el que, ella se aburría y agonizaba lentamente, en locas ansias de tender sus alas, de hendir el espacio, y trasponer los altos picachos de aquella maldita sierra que, cual granítica valla, alzaba siempre, inmovible, ante su ingente curiosidad.

La emoción novelesca que en su pecho despertara la llegada del enfermizo Manuel, habíase disipado cual humo, y hoy la molestaba en grado máximo la asiduidad del joven, que no sabía separarse ni un momento de aquella gentil criatura, a cuyos desvelos debía en parte, el milagro de su curación, de su resurgimiento a la vida.

Huérfano desde edad muy temprana, Manuel había sido cuidadosamente educado por su tío Jacinto, hermano mayor de su pobre

padre. Dueño de uno de los bufetes más acreditados de la Villa y Corte, el tío quiso que Manuel estudiara Leyes, a fin de que pudiera un día heredar su escogida clientela y ser su sucesor en el Foro. Con gran aprovechamiento cursó Manuel en la Universidad Central la Facultad de Derecho, haciendo un brillantísimo exámen de reválida, cuando un profunda crisis nerviosa, ocasionada por la excesiva tensión de un estudio tenaz y concienzudo, puso en peligro su vida. La convalecencia fué larga y laboriosa; agotada casi su resistencia física, y presa de una extrema debilidad, que inspiraba serios temores con respecto a sus pulmones, su tío Jacinto llevóle a Valencia, a la finca rústica de su cliente y amigo don Roque Solarieta, diputado electo por aquel distrito.

Allí, respirando el aire puro de la sierra, y de las linfas del río, confiado a los cuidados de Clara y Eugenio, colonos de don Roque y padres de Elvira, el joven fué poco a poco fortaleciéndose, y por fin, sus nervios recobraron su perfecto equilibrio y normal funcionamiento.

En los fatídicos días de tedio y sufrimiento, Manuel halló en Elvira una enfermera asidua y cariñosa, cuyo celo constante y siempre alerta, contribuyó en gran escala a la reconquista de su salud, pues la joven, que veía en la dolencia de Manuel, una emotividad nueva, que alteraba la monotonía de su existencia, habíasele consagrado por completo.

Cuando la sangre moza de Manuel, al recobrar su pujanza difundió por sus arterias nuevos bríos y hálitos de vida, despertó al par en su alma un amor intenso, avasallador, por aquella bella y gentil criatura a cuyo cariñoso desvelo tanto debía.

Y una mañana, cuando canturreando alegremente, regresaba Elvira de la cercana fuente del zarzal, salióle al encuentro el joven, y con balbuciente palabra la declaró

cuanto en su corazón sentía. Elvira gozosa abandonóse al encantador halago del primer amor, y ante una tosca cruz de piedra, que la devoción de pasadas centurias alzara como ofrenda de piedad en la encrucijada del camino, juráronse ambos jóvenes amarse hasta la muerte.

Más pronto las tiernas y apasionadas palabras de Manuel, que todos los días y a todas horas, atestiguaban la inmensidad de su amor, sonaron monótonas y abrumadoras en los oídos de Elvira, cuya alma inquieta, tenue y alada cual una mariposa, era incapaz de sentir afecto perdurable, porque una intensa voracidad emotiva la empujaba hacia lo ignoto, en busca de nueva y continuamente varias modalidades de la existencia.

Por eso, cuando ya restablecido del todo, Manuel vióse precisado a regresar a la Corte al lado de su tío, Elvira sonreía satisfecha, cual si la hubiesen libertado de un despótico y tiránico yugo, en tanto que el joven, pálido, trémulo y abatido, abrazaba a los dos viejos, que lloraban al despedirle, y maquinalmente, sin fuerzas casi, y conteniendo a duras penas su congoja, estrechaba entre las suyas temblorosas las manitas adoradas de la mujer en quien cifraba los anhelos todos de su existencia.

Transcurrieron algunos meses, Manuel pasaba por la inmensa desgracia de ver espirar en sus brazos, poco menos que repentinamente, a su tío, y cual si ésta fuera poca amargura para su atribulado espíritu, a los pocos días, recibía una carta de aquellos pobres viejos del apartado vergel valenciano, en que, apenadísimos, le notificaban la desaparición de su hija Elvira, de la cual no había sido posible hallar rastro alguno.

La mariposa loca había tendido sus alas hacia nuevos horizontes de luz, y el pobre Manuel, con el corazón destrozado por la crueldad del sino, sentía resbalar por sus mejillas, silenciosas, amargas y quemantes lágrimas.

Cuantas gestiones se hicieron para hallar a la fugitiva, fueron estériles. Manuel y los pa-

mismo; se interesaría indudablemente por el vestido que debía llevar; tal vez, como se acordaba haber visto a milady, él elegía las flores y las joyas que debía de llevar su querida esposa.

Inmediatamente le subió un fuerte suspiro desde el fondo de su corazón; ¿quién la amaba a ella de ese modo?

Tal vez y ¡con cuánto fervor anhelaba ella que fuera cierto! tal vez le gustaría a Allan que fuese bien ataviada; quizás desearía que lady Diana la quisiera, pero no era cosa muy probable. En términos claros había ya expresado su desprecio, y esto, ¿por qué esperar que se interesase en sus asuntos?

—El único deseo que podría tener Allan por lo que a mí respecta—decíase es que me enterrasen suntuosamente lejos de su vista.

Pero inmediatamente se reprochó semejante idea, pues después de todo, Allan no tenía mal corazón, a pesar de no quererla.

Juana Hinton tuvo una alegría inmoderada cuando vió que su señora se preocupaba por fin de su tocado. Eligió un hermoso traje de encajes, blanco, con motas azules, que era uno de los confeccionados en París para la tor-naboda y que no quiso ponerse la pobre Adelaida.

—Si milady añadiese algunos brillantes al traje, resaltaría infinitamente más,—insinuó la doncella.

Por un momento se animó aquel rostro gentil. Aun cuando bajó el peso de la pena más profunda que puede afligir a la mujer, era tan niña, que por un instante, sonrió a la idea de ir elegantísima.

—Quisiera saber—dijo un si es no es ruborizada—si a lord Carew le gustan los diamantes.

La doncella abrió unos ojos tamaños; era casi le primera vez que milady aludía a su marido.

diciéndola que quería hablar con ella, y en su caso, que se sirviese pasar a la biblioteca. Adelaida se asombró del inusitado llamamiento, y se apresuró a acudir al lugar indicado. Encontró a su esposo con una carta en la mano.

—La he llamado, lady Carew — dijo Allan levantándose y ofreciéndola un sillón, — para hacerle una consulta. Acabo de recibir una carta de lady Diana Vereton, mi prima; me avisa que desea hacernos una visita acompañada de su esposo. ¿Recuerda usted a sir Guido Vereton?

—Sí... y le apreciaba mucho. Lo he visto algunas veces en Londres; a quien no recuerdo es a lady Diana.

—Indíqueme usted, pues, lo que le parece que hemos de contestar.

—Jamás me atreveré a decidir.

—¿La complacería a usted tener visitas en casa?

—Sin duda... a veces esto está muy triste.

—Es natural que lo encuentre usted triste... ¿Quiere usted pues que la diga que los esperamos?

Lord Carew había comenzado a hablar con la sonrisa en los labios; pero se acordó de repente de que se había casado con él contra su voluntad, y la sonrisa se desvaneció, y casi se arrepintió de ella. Pero había alegrado y animado por un momento el corazón de su esposa.

—Muy bien — contestó ella, — me han dicho que lady Diana es una señora alegre, muy ocurrente, muy inteligente y de una educación esmerada.

Le contestó con un movimiento de cabeza, como si quisiera hacerle comprender que no tenía la intención de discutir con ella los méritos de lady Diana.

—Solamente quería consultar sus deseos en este asunto, — agregó con tono severo; y ella tan sensible, tan vivamente impresionable por cada cambio de su cara y

dres de Elvira hubieron de resignarse a dar por perdida toda esperanza.

Pasados los primeros instantes de supremo dolor, los pobres viejos desde el rincón huertano, se trasladaron a Madrid llamados por Manuel, en quien hallaron un verdadero hijo, y en cuya compañía se decidió terminarian su triste existencia.

Manuel, fiel a la memoria de la que llenaba su alma, insensible a los femeninos halagos, se deslizaba por la vida atento solo a los cuidados de su bufete y el cariñoso afecto de aquellos ancianos que le adoraban. Mutuamente se consolaban en su pena; las lágrimas se habían por fin secado, más la sonrisa no había vuelto a florecer en sus labios.

Transcurrieron los años. La loca mariposa voló y voló, sin tregua ni descanso; paso a París, a orillas del Sena; de allí saltó a Viena, a orillas del Danubio; a Suiza, a orillas del Rhin y de allí pasó a Italia, y correteó junto a los poéticos lagos.

El marqués del Fresno, el desalmado y capuloso aristócrata que, la había descubierto en el huertano rincón y que había sabido deslumbrarla, la paseaba triunfalmente por Europa cubierta de sedas y joyas, luciéndola orgulloso, cual se luce un caballo de raza, o una alhaja espléndida. Un día, el astío hizo hostezar al marqués, y el capricho le empujó hacia nuevas amantes exploraciones.

La pobre mariposa vió roto su sueño; había quemado sus alas en la luz, y no pudiendo volar, rodó por el fango.

Y al oscurecer de un día triste y frío día de diciembre, en que la nieve y la lluvia, azotaban con furia las casi desiertas calles del barrio de Salamanca, ese semiaristocrático ensanche de la Villa y Corte, en que Manuel había instalado su morada, en tanto este, acompañado de los dos viejos, tomaba el té junto a la encendida chimenea, su pasante Delfín vino a comunicarle que, una señora, que rehusaba dar su nombre, solicitaba con gran insistencia ser por él recibida.

Trasládese Manuel a su despacho, y a poco entraba en él la desconocida visitante. Ma-

nuel, al verla, no pudo reprimir un apasionado grito de sorpresa y de dolor: — ¡Elvira! — Y abriendo los brazos recibió en ellos el cuerpo de la desventurada que, presa de fuerte emoción, se desplomaba sin sentido.

Cuando, atraídos por la voz de Manuel, acudieron Clara y Eugenio, Elvira tendida sobre una otomana, recobraba el conocimiento. Chaba en amoroso transporte y la colmaba de Manuel, arrodillado junto a ella, la estrechaba caricias.

— ¡Perdón, padres míos! ¡Perdón Manuel! — Pudo balbucear por fin Elvira, entre sollozos. — Frande ha sido mi falta, pero mayor es mi castigo. ¡Estoy muy enferma, más no quise morir sin volver a verlos y sin cumplirte Manuel, mi promesa, si es que aún me amas y me perdonas!

Pocos días después, Elvira espiraba en brazos de Manuel, que sombrío aspiraba su último aliento en un mudo, intenso beso, murmurando muy quedo: — ¡Ahora sí que es mía para siempre!

Y mientras los infortunados padres lloraban acongojados, Manuel, con los ojos desmesuradamente abiertos y estúpida la cara, en tanto estrechaba frenético el inanimado cuerpo, sonreía dirigiendo sus extraviadas miradas hacia lo alto, divagando de un punto a otro, cual si persiguieran en el espacio los raudos e ilógicos giros de un vuelo de mariposa.

F. OLTRA DALMAU

CORRESPONDENCIA

Benito Martínez. Cartagena. — El libro «Para ser artista de cine», se le envió el 28 de agosto.

Un suscriptor. — Exponga usted de lo que se trata y si realmente tiene interés, se le contestará particularmente.

Antonio Navarro. Alcantarilla. — Lo ha publicado la casa Gaumont, que es donde tiene usted que dirigirse.

Isabel Felipe. — Su dirección está en Nueva York y es: Fox Film 55 H. St. Androth Ave.

NUESTROS COLOBORADORES

EL PEREGRINO

Con paso mesurado camina un pobre anciano tristemente, baja al suelo la frente, apoyado en un rústico cayado, su cuerpo por los años encorvado.

Oculto y retraído del Mundo bullicioso que aborrece, un fantasma parece, que andando siempre solo y afligido una grave misión habrá cumplido.

Su vida, ya tronchada por el peso soberbio de los años, los muchos desengaños, y aquella sombra de la tierra amada, parece que del cuerpo esté arrancada.

Pero su cruel destino gózase en contemplar su triste suerte, privando de la muerte, al triste y desgraciado peregrino, que sigue resignado su camino.

Marchando hacia el ocaso de una vida sembrada de amargura, ansioso se apresura, soñando siempre en el eterno ocaso pues es un paso menos, cada paso.

Y sí buscando aliento para seguir jornada tan penosa, un momento reposa tomando sobre el duro suelo asiento, rechaza, con vigor, su abatimiento.

Y alzando la cabeza los altos montes que dejó atrás; mira, vuelve a mirar, suspira, sacude su dolor y su tristeza y nuevamente su camino empieza...

JUAN CLEMENTE GARRÉS

de su voz, vió inmediatamente que no quedaban más sonrisas para ella.

— ¿Cuándo estará aquí, lady Diana? — preguntó ella, levantándose de su silla. — Voy en el acto a dar las órdenes necesarias para prepararles sus aposentos.

— Hoy es lunes — dijo él. — Estará aquí el jueves por la tarde. Por supuesto, sir Guido vendrá con ella.

— ¿Tiene usted otras indicaciones que hacer? — preguntó ella; — ¿algunos deseos más que cumplir?

— No. Mrs. Carbon sabe cuales son los aposentos que ocupaba mi prima cuando estuvo aquí hace cuatro años. Le agradezco sus atenciones, lady Carew.

Otro saludo muy cortés, y la entrevista había concluido. Sin decir más, se retiró de la biblioteca, y le sobrevino un acceso de completa desesperación.

— Nunca me amará — decía, — y en ese caso prefiero la muerte.

Luego recordó que su suegra le había hablado alguna vez de aquella sobrina y del inmenso cariño que la profesaba sir Guido.

— Notará en seguida — pensó — que mi marido no me quiere.

Esta idea la apesadumbró de un modo inmenso. Repúsose y fué en busca de Mrs. Carbon, con la cual discutió el arreglo del alojamiento de los futuros huéspedes. Lady Diana debía llegar el jueves por la tarde, la mañana de aquel día, entreteníase Adelaida en el jardín haciendo un ramillete, cuando pasó lord Carew por allí. La cortesía exigía que se detuviese. Durante todo el tiempo que habían vivido en Brooklands era la primera vez que la veía en los jardines.

— ¿Coge usted rosas? — preguntóla por decir algo.

— Sí... y mire usted; acabo de clavarme una espina que me duele mucho.

No podía excusarse de ir en socorro suyo.

— Es cosa de poco, — dijo Allan, — ¿soportará usted el dolor un momento?

— Sí, — dijo sencillamente. — Soy capaz de soportarlo sin quejarme.

La cogió la mano, mientras extraía la espina; era la primera vez que tocaba aquella mano después de su boda, y su mirada cayó sobre el anillo nupcial que tan poco había significado para ellos, y que no era más que una cadena igualmente fastidiosa. ¡Cuán pequeña era la mano! ¡cómo temblaba mientras él la tenía asida! ¡cuánto es sonrojaba la pobre joven, con su semblante medio avergonzado!

— Supongo que no le ha dolido — dijo Allan.

Pero lady Adelaida no contestó. Dió la vuelta con los ojos llenos de lágrimas.

VIII.

¡Oh suave sol! ¡Oh benéfica brisa! ¡cómo palpitáis entre los pensamientos! Con vuestro aliento tierno despertáis el ánimo a las tiernas ideas del verano.

Lady Adelaida estaba sola en su suntuoso tocador. Por la primera vez, desde su casamiento, sentía el deseo de ataviarse bien. La visita que venía era una esposa querida y seguramente hermosa; su esposo, según toda probabilidad, estaría más orgullosa de su esposa que de sí